

CAPÍTULO VII.

Origen y progreso de la rivalidad de Carlos V y Francisco I.—Negociaciones con el papa.—Con Enrique VII.—Con los venecianos.—Lutero y su carácter.—Comparece ante el legado del papa.—Bula de excomuion contra Lutero.—Estado de los negocios entre Carlos V y Francisco I.—El papa se declara contra Francisco.—Muerte de Leon X.—Conquista de Rodas por Soliman.

Diferentes circunstancias reunidas llamaban á Carlos á Alemania, cuya presencia era más necesaria de día en día. Los electores se impacientaban por tan largo interregno; además los estados hereditarios de Carlos principiaban á agitarse por desavenencias interiores, y los progresos rápidos de las nuevas doctrinas tocante á la religion, requerian el cuidado más serio; pero lo que interesaba más al alma todavía, eran las diligencias del rey de Francia, que le hacian conocer la necesidad de tomar las disposiciones más prontas y eficaces para ponerse en estado de defensa.

Carlos y Francisco, al presentarse á disputar la corona imperial, se dieron la palabra de conservar las mayores atenciones uno con otro y de no sufrir que ningun signo de enemistad deshonrara tan hermosa emulacion. «Cortejamos á una misma dama, dice Francisco con su viveza ordinaria, empleemos uno y otro todos nuestros conatos en salir bien; pero luégo que la suerte haya escogido el rival afortunado, toca al otro conformarse y quedar en paz.» Dos principes mozos y generosos, animados igualmente de la esperanza del triunfo, podian bien formar esta noble resolucion; mas reconocieron bien pronto que se habian prometido mayor moderacion y desinterés que lo toleraba la flaqueza humana. La preferencia, que Carlos al-

canzó á vista de la Europa, mortificó cruelmente á Francisco, y le infundió todo el enojo que puede experimentar la ambicion burlada. De ahí aquella rivalidad, aquella envidia personal, que subsistió entre ambos monarcas por todo su reinado. Tal animosidad, estimulada por la oposicion de intereses, y que agriaba mis causas inevitables de desórden, los tuvo en un estado de hostilidad casi continuo. Por un lado Carlos no teniendo ningun miramiento al principal artículo del tratado de Noyon, se obstinó más que nunca en rehusar hacer justicia á Juan de Albret, rey de Navarra, que habia sido arrojado de un trono en cuyo restablecimiento Francisco se veía empeñado por honor y por interés. Por otro, el rey de Francia tenia pretensiones á la corona de Nápoles de la que Fernando habia despojado á su predecesor por una inexcusable mala fe. El emperador podia reclamar como un feudo del imperio el ducado de Milan, de que Francisco se habia apoderado, y que continuaba en guardar sin haber tenido la investidura. Carlos consideraba todavía el ducado de Borgoña como un patrimonio de sus abuelos, usurpado injustamente por la política de Luis XI, y miraba con la mayor envidia las íntimas conexiones de Francisco con el duque de Gueldres, enemigo hereditario de su familia.



La paz no hubiera podido durar largo tiempo con tantos motivos de discordia y de guerra, aun entre dos principes sin rivalidad ni ambicion. Mas como el primer rompimiento entre dos adversarios tan poderosos no podia ménos de ser fatal y sin esperanza de conciliacion, ambos mostraron la mayor inquietud por las consecuencias importantes y peligrosas que debia acarrear, y tomaron todo el tiempo necesario, ya para reunir sus fuerzas respectivas y hacer á su gusto la comparacion y exámen, ya para asegurarse la amistad y auxilios de las otras potencias europeas.

El Papa conocia que debia temer con igualdad á los dos rivales; veía en el vencedor el dueño absoluto de Italia. Bien hubiera querido poder enredarlos, sin exponer la Lombardia á teatro de la guerra; hubiera gozado sin riesgo el gusto de ver consumir sus fuerzas recíprocas en guerras interminables; pero no habia motivo de esperarlo. Leon miraba con anticipacion que al primer rompimiento entre ambos soberanos los ejércitos españoles y franceses vendrian á residir de asiento en el Milanés, y que no podria por mucho tiempo mantenerse neutral, encontrándose tan cerca del teatro de una guerra en que el precio de la victoria le interesaba tanto. Se vió, por lo tanto, precisado á conformar su plan de conducta con la situacion en que se hallaba; cortejó igualmente al emperador que al rey de Francia, y tuvo la misma habilidad en lisonjear á ambos. Aunque solicitado estrechamente por los dos reyes, guardó todas las apariencias de una entera imparcialidad, y se esforzó á encubrir sus verdaderos afectos con aquel disimulo profundo que parece haber caracterizado á la mayor parte de los políticos italianos de su siglo.

Los intereses y miras de los venecianos eran los mismos que los del Papa: buscaban tambien los medios de estorbar que la Italia se convirtiera en el centro de la guerra, y que su república fuera envuelta en dicha contienda. Mas á pesar de los artificios de Leon y la neutralidad absoluta que afectaba, era fácil traslucir que se inclinaba por el emperador, de quien tenia más que temer ó esperar que de Francisco; era manifiesto que los venecianos, por motivos

de la misma naturaleza, se declararían por el rey de Francia, luégo que no pudieran ya excusarse de tomar un partido. No se debia, sin embargo, esperar grandes socorros de los potentados italianos. Envidiosos con exceso de las potencias ultramontanas, la máxima favorita de su política era mantener el equilibrio entre ellas, y no se podia lograr separarlos de esta máxima sino presentándoles grandes ventajas.

Pero el principal cuidado de Carlos y de Francisco fué atraer á su partido al rey de Inglaterra, cuya alianza les prometia socorros más eficaces, más prontos, y que suministraria sin todas estas precauciones políticas. Enrique habia subido al trono en 1509 en circunstancias felices, que prometian el reinado más afortunado y floreciente. Reunia en su persona los derechos opuestos de las dos familias de Yorck y de Lancastre. La emulacion y gozo con que ambos partidos se apresuraban á obedecerle, le ponian á tiro de gobernar su reino con tan vigorosa autoridad, cual ninguno de sus predecesores hubiera podido aventurar sin peligro, y hasta de tomar parte en los negocios del continente, que la Inglaterra habia desatendido largo tiempo, por las calamidades de sus discordias interiores.

Los inmensos tesoros, que Enrique habia heredado, le constituian uno de los más ricos monarcas de Europa. La paz, que el difunto rey habia sabido conservar por su prudente gobierno, habia durado bastante para reparar la aniquilacion ocasionada por las guerras civiles, y no habia sido bastante larga para enervar el ánimo de la nacion. Los ingleses, cansados de sus desavenencias, y avergonzados de haber hecho por tanto tiempo de su patria un campo de carnicería, estaban impacientes por mostrar su valor en una guerra extranjera, y por hacer revivir la memoria de las victorias alcanzadas por sus abuelos. Enrique, por su parte, tenia un carácter acomodado perfectamente á la situacion de su reino y á las disposiciones de sus súbditos. Ambicioso, activo, intrépido, se distinguia por su destreza en todos los ejercicios militares que formaban en aquel siglo la principal parte de la educacion de la nobleza,



y que le habian inspirado desde temprano el amor á los combates. Se abrasaba por ensayar-se en una empresa de guerra y por señalar el principio de su mando con alguna hazaña memorable. La ocasion que buscaba vino bien pronto á presentarse naturalmente. La victoria de Ginegate y el feliz éxito de los sitios de Terouans y de Tournai, aunque poco útiles á Inglaterra, cubrieron de gloria á su afortunado monarca, y confirmaron la eminente idea que los príncipes extranjeros habian concebido con respecto á su poder y á la utilidad de su alianza. Todas estas causas reunidas, la feliz posicion de sus dominios, que lo ponian á cubierto de toda invasion extraña, el beneficio de poseer todavía la ciudad de Calais, que le daba entrada en Francia, y le abria un paso fácil á los Países-Bajos, convertian á Enrique en el protector natural de la libertad europea, y lo establecian árbitro entre el rey de Francia y el emperador. Enrique conocia toda esta superioridad, y estaba convencido que, para conservar el equilibrio, debia impedir que uno de los dos rivales adquiriera sobre el otro una preeminencia de fuerza fatal al vencido, y temible á los demas de Europa. Pero carecia del grado de penetracion y de moderacion de carácter, que exigia un empecho tan importante. Cediendo demasiado al capriño, á la vanidad, á los resentimientos á sus inclinaciones, era igualmente incapaz de concebir un plan de política vasto y regular, como de proseguirlo con perseverancia. Raras veces consultaba el bien general, ó hasta su propio beneficio, en las disposiciones que tomaba; eran dictadas ordinariamente por sus pasiones, que le cegaban acerca de su verdadero interés; lo que le estorbo tomar ascendiente en los negocios de Europa, ó coger para sí el provecho, que hubiera podido fácilmente asegurarse un príncipe de ménos genio que él, pero de mayor arte y habilidad.

Sin embargo, no se deben imputar á los defectos personales de Enrique todas las disposiciones erradas de su mando. La mayor parte fueron efecto de las pasiones violentas, y de la ambicion insaciable del cardenal Wolsey, su primer ministro y favorito. Este hombre habia ascendido de la escoria del pueblo á un grado

de poder y de elevacion al que un vasallo no habia llegado jamás. Gobernaba como amo imperioso al más activo é intratable de los reyes. Eminentes prendas de diferente linaje lo hacian adecuado para sostener los dos papeles opuestos de ministro y de valido.

Un juicio profundo, una aplicacion infatigable, un perfecto conocimiento del ser del reino, unido al de los intereses y miras de las córtes extranjerias, lo constituian suficiente para ejercer la autoridad absoluta que le estaba confiada: la urbanidad de sus modales, la gracia de su conversacion, su genio insinuante, su amor á la magnificencia, y sus progresos en el género de literatura que era del gusto de Enrique, le ganaron el afecto y confianza de este monarca joven. Wolsey estaba bien lejos de aprovechar en beneficio de la nacion ó de la verdadera grandeza de su amo la autoridad amplia y casi real que gozaba. Codicioso y pródigo á un tiempo, no se hartaba de riquezas. Devorado de una ambicion sin medida, aspiraba incesantemente á nuevos honores con una ansia que no se amortiguaba jamás con su buena fortuna. Orgullosa de su elevacion extraordinaria y del ascendiente que habia tomado sobre el genio de un príncipe que habria recibido con trabajo un consejo de cualquier otro, se portó con extrema soberbia y altivez la más chocante. El mismo Wolsey sacrificó á sus pasiones cualquiera otra consideracion; y todo el que quiso alcanzar su favor ó el de su amo se vió obligado á lisonjearlas y satisfacerlas.

Como todos los príncipes europeos buscaban en dicha época la amistad de Enrique, se vió á todos obsequiar á su ministro con increíble atencion y bajeza. No perdonaron á regalos, promesas, ni adulaciones para hacer tomar parte á su codicia, á su ambicion, ó á su orgullo; Francisco habia encargado en 1518 á Bonivet, almirante de Francia, uno de sus más cumplidos y finos cortesanos, que empleara todo su conato en ganar á este imperioso prelado. Él mismo le prodigó toda clase de pruebas de respeto y de confianza. Le consultaba en todos sus negocios más importantes, y recibia su dictámen con deferencia ciega. Estos miramientos, juntos á una pension cuantiosa,



atrajeron á Francisco la amistad del cardenal, que se le acreditó persuadiendo á su amo restituir Tournay á la Francia, ajustar un tratado de boda entre el Delfin y la princesa María su hija, y consentir en unas vistas con el rey de Francia. Desde entónces se estableció entre ambas córtes la correspondencia más íntima. Francisco, conocedor de todo el precio de la amistad de Wolsey, procuraba asegurarse su continuacion con todas las atenciones posibles, dándole en todas sus cartas los títulos honorosos de padre, de tutor y de ayo.

Cárlos observaba los progresos de esta union con el más vivo interés y la mayor envidia. Cercano pariente del rey de Inglaterra, tenia algun derecho á su amistad, y al instante de su exaltacion al trono de Castilla habia tanteado ganar á Wolsey, señalándole una pension de 3,000 libras. Su primer cuidado entónces fué prevenir la conferencia proyectada; temia en extremo sus consecuencias entre dos príncipes jóvenes, cuyo corazon era tan susceptible de amistad como sus caracteres propios á inspirarla; mas despues de muchas dilaciones, ocasionadas por la dificultad del ceremonial y por todas las precauciones tomadas por las dos córtes para la seguridad respectiva de su soberano, se fijaron al cabo el tiempo y lugar de las vistas. Se despacharon correos á las diferentes córtes, convidando á todos los caballeros á presentarse en las justas y torneos que debian celebrarse entre los dos monarcas y aquéllos.

Francisco y Enrique gustaban demasiado del aparato de estos espectáculos, y demasiado sabian, con qué ventajas se presentaban en ellos, para renunciar á la satisfaccion ó á la gloria que les esperaba, en una asamblea tan singular y brillante. El cardenal, por su parte, no tenia ménos ganas de ostentar su magnificencia á los ojos de ambas córtes, y demostrar á las dos naciones su mucho valimiento en el corazon de aquellos reyes. Cárlos, viendo la imposibilidad de estorbar dicha conferencia, procuró solamente inutilizarla. Se apresuró á tomar la delantera, y para ganar al monarca y á los ministros hizo una accion de complacencia todavía más lisonjera y extraordinaria. Habiendo zarpado, como queda dicho, del puer-

to de la Coruña, cingló en derechura para la Gran Bretaña, y fué á desembarcar en Douvres, descansando enteramente en cuanto á la seguridad de su persona en la generosidad de Enrique. Esta visita inopinada sorprendió á la nacion; mas Wolsey sabia á fondo las intenciones del emperador. La mencionada conferencia se habia concertado en una negociacion entre él y el gabinete español, de la que los historiadores de aquel tiempo no tuvieron conocimiento; Cárlos para remunerar al cardenal, á quien llamaba *su muy querido amigo*, habia aumentado su pension hasta siete mil ducados. Enrique se hallaba entónces en Cantorbery, é iba á Francia. Despachó inmediatamente á Wolsey á Douvres; y enamorado de un suceso tan lisonjero á su vanidad, se apresuró á recibir distinguidamente á un huésped que no ponia límites á su confianza. Cárlos, para quien el tiempo era precioso, permaneció solos cuatro dias en Inglaterra; pero tuvo la habilidad en este corto tiempo de dar á Enrique una opinion favorable de sus intenciones, y tambien de separar del todo á Wolsey de los intereses del rey de Francia. Cuantos honores, cuantas riquezas, cuanto valimiento poseia el cardenal, no bastaban á hartar su ambicion, mientras hubiera sobre él un grado de elevacion adonde un eclesiástico pudiera subir. La Tiara habia sido largo tiempo el blanco de sus deseos, y Francisco, sabedor de que éste era el más seguro medio de afianzar su amistad, le habia prometido apoyar con todo su crédito sus pretensiones en la primera vacante; mas como la autoridad del emperador en el colegio de los cardenales influia más superiormente que la del rey de Francia, Wolsey aprovechó con ansia la oferta que le hacia este príncipe hábil de servirle con empeño. Seducido por tal perspectiva, remotísima aún, estando todavía Leon X en la flor de su edad, tomó con calor todos los negocios del emperador; no se concluyó sin embargo entónces ningun tratado entre los dos monarcas; mas Enrique, en cambio del honor que Cárlos le habia hecho, le prometió visitarle en los Países-Bajos inmediatamente despues de sus vistas con Francisco.

Estas célebres se tuvieron en una espacio-



sa llanura entre Guine y Ardres, en donde ambos soberanos y su comitiva ostentaron toda su magnificencia con una emulacion y profusion que hizo denominar á esta llanura el *campo de tela de oro*. Juegos de caballería, festejos galantes, todos los ejercicios y diversiones que distinguen á la elegancia y gusto de aquel tiempo, ocuparon á las dos córtés durante los diez y ocho dias que los príncipes permanecieron juntos.

La impresion favorable que los modales agraciados de Francisco y su aire de confianza y de sinceridad hicieron en el corazon de Enrique, se borró bien pronto por los artificios de Wolsey y por el avocamiento de Enrique con el emperador en Gravelines. Carlos se condujo allí con ménos esplendor y pompa que Francisco cerca de Guine; pero atendió mucho más á sus asuntos políticos.

La asiduidad con que los dos mayores monarcas de Europa obsequiaban á Enrique, le pareció una aprobacion formal de que él tenía la balanza del continente, y le convenció cada vez más de la exactitud de esta divisa que habia escogido: *El que yo favorezca está seguro de ganar*. Se confirmó en tal dictámen por el ofrecimiento de Carlos de someter á su única decision todas las diferencias que se suscitaran entre Francisco y él. Nada declaraba mayor candor y moderacion que elegir así por juez á aquél que se reputaba el amigo comun de los dos adversarios; mas como el emperador acababa de adherir enteramente á Wolsey á sus intereses, esta era en realidad la más insidiosa proposicion y la más funesta al rey de Francia, como lo demostró la série de los acontecimientos. Carlos, á pesar de su predileccion por los Países Bajos, lugar de su nacimiento, no residió mucho en ellos; despues de haber recibido el homenaje y cumplidos de sus paisanos, se trasladó con diligencia á Aix La Chapelle, ciudad que la bula de oro ha señalado para la coronacion de los emperadores. Allí fué donde, á presencia de una asamblea más numerosa y solemne que no se habia visto hasta entónces, la corona de Carlomagno pasó á las sienes de Carlos V, con todo el aparato y pompa que los alemanes afectan en sus ceremonias públicas y

creen de esencia de la dignidad imperial.

Se vió subir casi al mismo tiempo al sόlio otomano un rival obstinado y temible para el emperador: era Soliman el Magnífico, príncipe turco que entre todos ellos ha reunido las mejores cualidades, formado más empresas y alcanzado más victorias. Fué gloria de aquel siglo engendrar los monarcas más ilustres que han aparecido jamás en Europa. Si Leon X, Carlos V, Francisco I, Enrique VIII y Soliman hubieran florecido en diferentes siglos, sus prendas divididas habrian bastado para ilustrar á aquél en que cada uno de ellos hubiera vivido; mas todos estos príncipes contemporáneos aparecieron como una constelacion que dió al siglo XVI un resplandor extraordinario; no ocurrieron contestaciones en que ambas partes no desplegaran grandes fuerzas y singulares talentos; el valor y la prudencia balanceadas igualmente de una y otra parte, produjeron una variedad de sucesos que da á la historia de aquel tiempo tan gran interés y sirvieron tambien para impedir que ninguno de estos reyes hiciera demasiado grandes progresos y adquiriera una superioridad de poder, que parara en fatal á la libertad y bienestar del género humano.

El primer acto de gobierno del emperador fué señalar una dieta del imperio en Worms para el 6 de Enero de 1521. Informó á los diferentes príncipes en las cartas circulares que les dirigió, que el objeto de dicha asamblea era ponerse de acuerdo con ellos acerca de los medios oportunos de cortar el vuelo á las opiniones nuevas y arriesgadas que amenazaban turbar la paz de Alemania, y echar por tierra la religion de sus abuelos. Carlos pensaba en los dogmas esparcidos por Lutero y sus discípulos desde el año 1517. Estas opiniones han traído la reforma que se ha hecho en la religion, reforma que libertando á una parte de Europa del yugo papal, ha suavizado este yugo para la otra parte y producido en las opiniones del género humano la mayor y más provechosa revolucion acaecida desde el establecimiento del cristianismo. Los sucesos que han engendrado estas nuevas doctrinas y las causas que las han hecho adelantar tan rápi-



damente, merecen, pues, considerarse con atencion.

Trastornar un sistema de creencia religiosa fundado en preocupaciones antiguas y arraigadas hondamente, sostenidas por la autoridad y defendidas con mucha arte y maña; establecer en su lugar una doctrina opuesta del todo en su espíritu y en sus efectos; llevar adelante esta empresa sin valerse de la violencia ni de la fuerza de las armas, son operaciones que los historiadores ménos crédulos y supersticiosos no pueden dejar de atribuir á aquella divina Providencia que sabe, cuando quiere, acarrear sucesos que toda la sabiduria humana juzga imposibles. La intervencion del cielo á favor de la religion cristiana se manifestó en su primer origen por milagros y profecías que confirmaban su verdad. Si ninguno de los reformadores poseyó los dones sobrenaturales, no se puede á lo ménos dejar de admirar aquella preparacion maravillosa de circunstancias, que dispusieron los entendimientos á recibir su doctrina, y aquella singular combinacion de causas que aseguraron su logro é hicieron triunfar á hombres sin autoridad ni política del poder é intrigas de sus contrarios. Esto prueba bastante que la mano que fundó la religion cristiana protegió igualmente la reformada, y de flaca que era en sus principios la hizo bien pronto llegar á un grado estupendo de fuerza y de madurez.

Causas muy leves, y producidas en apariencia por casualidad, prepararon esta importante revolucion. Leon X encontró en su exaltacion las rentas de la Iglesia exhaustas por las vastas empresas de sus dos ambiciosos predecesores, Alejandro VI y Julio II; él mismo era liberal é incapaz de aquella economía severa y paciente que hubiera podido tan sólo reponer su hacienda.

Sus proyectos para el engrandecimiento de su familia, su amor á la ostentacion, su gusto á las diversiones y la magnificencia con que remuneraba á los militares, le metian diariamente en nuevos gastos. Para costearlos recurrió á todos los expedientes que pudo crear la fértil imaginacion de los sacerdotes, y discurrió, entre otros medios, el de vender las in-

dulgencias. Segun la doctrina romana, todas las obras buenas de los santos, fuera de las que necesitan absolutamente para su salvacion, unidas á los méritos infinitos de Nuestro Señor Jesucristo, están depositadas en un tesoro inagotable. Sus llaves se confiaron á San Pedro y á los papas sus sucesores, que lo abren cuando quieren, y que, trasladando por cierta cantidad una porcion de este mérito superabundante á un fiel, pueden proporcionarle el perdon de sus propios pecados, ó la libertad de una alma del purgatorio en cuya salvacion se interesa. Hácia el siglo XI, Urbano II distribuyó el primero esta especie de indulgencias, como en recompensa de los que tomaban las armas para ir á conquistar la Tierra Santa. Se concedieron despues á los que aprontaban un soldado para la misma expedicion; en fin, se distribuyeron sin distincion á cualquiera que daba dinero para cumplir algun voto piadoso ordenado por el papa. Julio II las habia prodigado á los que contribuian con alguna cantidad pecuniaria para la construccion de la Iglesia de San Pedro en Roma; y como Leon X continuaba este magnífico y dispendioso edificio, se sirvió del mismo pretexto para dispensar indulgencias.

Alberto, elector de Maguncia y arzobispo de Magdebourg, fué encargado de publicar las indulgencias, y se le señaló una porcion del beneficio que proviniera de su venta. Para distribuir las por menor en Sajonia, empleó á Tetzl, fraile dominico, de costumbres licenciosas, pero de genio activo y sobresaliente por una elocuencia popular y ruidosa. Auxiliado de los religiosos de su orden, Tetzl ejecutó su comision con el mayor celo y felicidad, pero con bastante poca decencia y discrecion. Ensalzando con exceso las gracias inherentes á estas indulgencias, y dándolas muy baratas, estos frailes hicieron primeramente un comercio muy dilatado y lucrativo entre la crédula multitud; mas la extravagancia de sus discursos y la irregularidad de su conducta excitaron al fin un escándalo universal.

Príncipes y nobles se indignaban de ver á sus vasallos agotarse por llenar el tesoro de un pontífice pródigo. Personas piadosas lamen-